

El siguiente texto fue escrito por un asistente a las Jornadas, quien hizo llegar sus impresiones luego de concurrir a las mismas.

Escribo por los niños

SERGIO VARELA

Quisiera comentar mi experiencia, respecto del Encuentro que se llevó a cabo en las II Jornadas de Psicopatología de Guardia en el Hospital de Niños Ricardo Gutiérrez, cuyo título promocional versaba de la siguiente manera; “La guardia de Salud Mental: entre la ética, lo jurídico y lo posible”.

Me tocó participar en un taller en el cual se discutieron casos clínicos. La modalidad incluía la lectura de los casos con sus respectivos debates al interior de cada grupo, que en este caso fueron dos, y luego una discusión de los mismos, donde se escucharon las distintas opiniones y se realizó una especie de elaboración del grupo en general, incluidas las coordinadoras. Una experiencia muy enriquecedora, no sólo por los aportes de conocimiento, sino también porque permitió que estas personas que diariamente trabajamos en este campo de conocimiento, pudiéramos vernos las caras y establecer un contacto más personal con profesionales que tan sólo podíamos conocer por sus nombres.

La mesa central estaba compuesta por distintas personalidades. Particularmente me llamó mucho la atención lo que propuso el Dr. Jean-Michel Vappereau. En el momento de su exposición estuve muy atento a lo que decía su traductora (él es francés), tal vez porque veía en ella un gran esfuerzo por reproducir, lo más fielmente, las palabras que el disertante pronunciaba, o porque nunca había estado en una instancia que parecía tan importante desde el punto de vista teórico o simplemente por el silencio que todo el auditorio profesaba ante este hombre.

Lo primero que señaló el Dr. Vappereau es que él es psicoanalista y que tenía la particularidad de haber realizado sus estudios desde los escritos de Jaques Lacan, de los escritos de puño y letra de Lacan, según entendí.

Comenzó con una frase, que creo que todos anotamos: “No hay violencia sin un pac-

to”, para luego llamar a la reflexión respecto de las vicisitudes de los psicoanalistas que trabajan en las instituciones, revalorizando el poder de la palabra, de lo que se dice, de lo dicho. Su aporte podría servir para reconsiderar lo que hacemos, para poder aprender, para poder hablar mejor a medida que aprendemos, y para obtener mejores resultados producto de ese proceso continuo.

La palabra es lo fundamental, al menos para Lacan, quien fundamentalmente se dedicó a hablar en sus Seminarios. Por supuesto que también le dedicó su espacio a la escritura y a la lectura, pero eso es otra cuestión. Diferenció la palabra hablada de la escrita, aclaró que la Literatura aleja al autor de su realidad y utiliza a sus personajes para realizar sus proezas o reconocer sus infortunios. Esa es una de las tantas maneras de tomar distancia, mientras dura el relato, de la responsabilidad que significa hablar. Advierte este pensador, contemporáneo, estudioso de los escritos de Lacan, que de manera privada se pueden decir cosas de las cuales se puede dudar pero bien distinto es hacerse cargo y ser responsable de lo que se dice públicamente; y recuerda que: “No tener palabra es no ser responsable”.

Advierde también Vappereau que trabajando en las instituciones formamos parte de ese pacto violento, y lo hacemos desde el momento que le pedimos al paciente que sea responsable.

¿Por qué en las instituciones es que ocurre esto? Porque la institución tutela. La tutela le quita la responsabilidad al paciente y si le hacemos creer que es responsable, le estamos mintiendo y es violento mentir. No puede alguien ser responsable con la tutela de otro, psicólogo inclusive.

Cuando vamos al hospital, por ejemplo, delegamos la responsabilidad en el médico, firmamos un papel en cual quedamos a su cuidado hasta el día del alta. Él nos tutela con

su discurso científico, que por cierto, intenta explicar lo que nos pasa y lo que le pasa al mundo también. Con su pensamiento científico, con su método científico, con fórmulas matemáticas que expliquen que pasa. Eso que la ciencia hace, va modificando al mundo y lo hace en cierto sentido. Es por eso, justamente por eso, que los psicoanalistas deberíamos cuestionar el pacto con lo científico, en tanto subjetividades no científicas. Ya sabemos que el psicoanálisis no es reconocido científicamente.

En la misma línea de pensamiento, agrega Vappereau que no se puede hacer psicoanálisis de niños en tanto criaturas sin responsabilidad. “Hay que dejar que los niños estén locos, en el sentido de ‘sin responsabilidad’.” Querer analizarlos es querer otorgarles una responsabilidad para la que no están preparados. En todo caso serían los adultos quienes debieran asumirla, pero aquí nos tomamos con una paradoja jurídica, ya que el derecho plantea que el niño tiene derecho y uno de ellos es tomar la palabra. Para el psicoanálisis el niño no posee esta facultad porque aún es irresponsable. Por eso a veces no hay que hacer lo que hacen los demás y otras hacer cosas aunque vayan en contra de la ley y no en un acto de locura, de irresponsabilidad. Por el contrario!, obedeciendo principios mayores que la ley no contiene ni puede contener, como lo hizo Antígona de Sófocles, actuar con actitud ética y dejando al paciente, siempre que se pueda, en plus. ¿Es violento analizarlos? ¿O deberíamos alzar su lenguaje para abordar a quienes deberían ser responsables, vale decir, los adultos a su cargo? ¿Las consultas dentro de la institución podrían ser consideradas entrevistas preliminares para luego pasar a otra instancia del análisis?

Es entendible que aquellos que trabajamos en las instituciones con ese marco teórico que tenemos por formación, nos veamos interpelados en nuestra singularidad, en nuestra identidad. ¿Acaso no nos ha pasado ya alguna vez, como analizantes tal vez?

El lema con el que se expusieron las obras de arte de las Jornadas de Psicopatología de Guardia rezaba: “Disfruten de las molestias ocasionadas”. Podrían haber sido las palabras de cierre de nuestro invitado francés, ¿por qué no?

Parafraseando a Freud, a veces debemos contentarnos con trabajar en el barro donde podríamos tener oro. Tal vez el trabajo en las instituciones sirva como experiencia valedera para seguir aprendiendo de nuestra actividad y así aproximarnos a nuestro deseo de analistas.

Tal vez pueda tomarse como la antesala, necesaria pero no suficiente, que nos aproxime al encuentro analítico y al tan buscado advenimiento del Ser.

Quiero ir finalizando esto que escribo, tratando de transmitir a quien lea, aquello que tuve la suerte de vivir personalmente en el Aula Magna del Hospital de Niños, el día de la apertura. Pregunté a colegas si alguien había filmado o grabado el discurso de Vappereau. Una de ellas me dijo que preguntó a los participantes y la respuesta fue negativa, y agregé “que se había perdido, que sólo había quedado en nuestras memorias”. Entonces lo podemos recuperar, pensé. Es más, creo que esa frase me inspiró. Si está en nuestras memorias; ¡no se perdió nada!, me dije, y así fue como comencé a pensar este trabajo y por eso le propuse a esta misma colega, que me ayudara a elaborar lo que se había hablado en la sala y podamos tener un registro para compartir, que tratemos de hacer memoria juntos e incluso que integremos a otros que pudieran aportar. En fin, sabemos que hacer memoria tiene sus avatares!

No salió tal cual lo había planificado por mi cuenta (¡siempre pasa así, por suerte!) pero cada uno hizo su aporte, dentro de nuestras posibilidades, y este es el resultado de un trabajo en el que me esforcé por recordar aquello que vivimos en la que fuera la Segunda Jornada de Psicopatología de Guardia.

Vale decir que fue una experiencia compartida, un grato encuentro, necesario pero no suficiente. Que esperemos se siga desarrollando próximamente.

Pudimos presenciar la reunión de numerosos profesionales involucrados en su trabajo con niños, que bien sirvió para hacer catarsis, para compartir con colegas las experiencias cotidianas, para reconocernos como actores de una realidad y para seguir pensando nuestro trabajo.